

JUBILEO MUNDO DE LA EDUCACIÓN

EDUCADORES, CONSTRUCTORES DE ESPERANZA

Objetivo:

Ofrecer una reflexión sobre el ser y quehacer del educador a la luz de la Palabra de Dios y del año jubilar para motivar a convertirse en constructores de esperanza en tiempos de dificultad humana y educativa.

Ver

El trabajo del educador es sumamente importante para la vida de la humanidad, también para la Iglesia. En el fondo de la construcción de la humanidad, incluso en los albores desconocidos ignorados por la historia que se escribe y se conserva, se puede suponer que ha existido el trabajo de un padre de familia o un antiguo docente que enseña a su hijo o pupilo a cazar, recolectar, construir, curar y rezar. En la vida humana, desde la moderna y contemporánea, pasando por todas las etapas de la historia, un educador ha estado detrás de las grandes figuras que han dado identidad al mundo: detrás de Alejandro Magno, Aristóteles; detrás de Agustín de Hipona, Ambrosio de Milán; detrás de Tomás de Aquino, Alberto Magno; detrás de Ana Frank, su padre Otto Heinrich Frank; detrás de Karol Józef Wojtyła, Jan Tyranowski, laico y Eugeniusz Baziak, arzobispo.

En los pocos ejemplos anteriores contemplamos la grandeza de la persona del docente y su impacto para la vida y la sociedad. El “maestro” dándose a sí mismo ha logrado construir a las personas que han cambiado el mundo. Dicha acción tan significativa se ha propagado a lo largo de casi toda la historia a través de la acción de miles de educadores que, amando su profesión, lo han dado todo en lugares alejados, sin escuelas o servicios, en contra de la ideología política dominante, de día o de noche, con pago y sin él. La humanidad, en especial nuestros pueblos y parroquias, en tiempos no muy lejanos agradecieron esta ardua labor heroica dándole al docente y su profesión un lugar digno en la sociedad.

Lamentablemente, parece que la situación actual, en tiempos de emergencia educativa, ha cambiado drásticamente con relación al pasado glorioso de los maestros. Las situaciones actuales del trabajo para la enseñanza no son las mismas. Parece que ha llegado, entre directivos y padres de familia, la desconfianza por la figura docente, que ante un cambio de paradigma educativo no encuentra su lugar.

En múltiples ocasiones su palabra cae en descrédito, está sobrecargado por las exigencias de preparación, realización y evaluación de la escuela, los salarios no adecuados, las escuelas y sus condiciones, los planes y programas al servicio del Estado. No es raro encontrar maestros cansados, desaminados, quemados y abrumados entre las cargas de la escuela, el sistema, los directores y las familias.

También, los estudiantes son distintos. En los tiempos del frenesí del internet, la influencia de la cultura de la muerte, el vacío o rezago educativo causado por la pandemia Covid-19, la carencia de regla humana que se transforme en disciplina, las bajas exigencias escolares de los sistemas tanto públicos como privados han modificado el comportamiento de los estudiantes al grado de hacer de la escuela una lucha cotidiana para el enseñante, cambiando drásticamente el rostro de la acción educativa actual. Aquello que se debería ser una alianza por la educación se ha transformado en una jungla y una lucha entre los participantes. Así el docente está atrapado, en la emergencia educativa, entre los dos bandos, sufriendo los embates de cada uno de ellos¹.

Las condiciones anteriormente mencionadas hacen de la profesión docente algo que quizá pueda desaparecer, como fruto de la crisis particular que el gremio educativo enfrenta en la actualidad y que se manifiesta en el cansancio y la desesperanza de los educadores. Esta situación, vista proféticamente, por su Santidad Benedicto XVI como signo acentuado de la emergencia educativa, no está llamada a ser ni permanente y ni mucho menos aplastante².

Pensar

Para esos docentes cansados, desesperanzados y frustrados envueltos en una realidad difícil la Iglesia en el año jubilar tiene un mensaje sumamente contundente: fortalezcan su esperanza en el Dios de la vida y en la educación.

Es preciso que cada uno de nosotros, educadores, hagamos un camino interior en nuestra vocación cristiana y docente. El año jubilar representa una oportunidad para recobrar también la esperanza en el quehacer que realizamos y los frutos que podemos obtener. Que, a ejemplo de algunas grandes figuras, podamos encontrar el sentido de la vida y de nuestra misión a través de la construcción de la humanidad.

Quizá la búsqueda pueda encontrar justificación y buen puerto en algunos ejemplos significativos encontrados en la Sagrada Escritura. Una de las historias más adecuadas, por su ejemplaridad y belleza, es la historia de Eleazar

Del 2º libro de los Macabeos (6, 18-31).

“A Eleazar, uno de los principales maestros de la ley, de avanzada edad y aspecto venerable, querían obligarlo a comer carne de cerdo, abriéndole a la fuerza la boca. Pero él prefirió una muerte gloriosa a una vida infame: escupió la carne y afrontó voluntariamente el suplicio como deben hacer, aun jugándose la vida, los que tienen el valor de rechazar los alimentos prohibidos. Los que presidían el impío banquete, llevados de la antigua amistad que tenían con él, lo llevaron aparte y le rogaban que trajera manjares permitidos, preparados por él mismo, para simular que había comido de los manjares de los sacrificios, como mandaba el rey. Haciendo esto, se libraría de la muerte. Le hacían este favor por la antigua amistad que tenían con él. Pero él tomó una noble determinación, digna de su edad y de su venerable ancianidad, de sus canas y de su conducta ejemplar desde la infancia, y

sobre todo de las leyes santas establecidas por Dios. Respondió que prefería que lo enviaran pronto al lugar de los muertos. Y añadió:

- *Es indigno de mi edad simular y fingir, ya que los jóvenes podrían decir que Eleazar, a sus noventa años, se había pasado al paganismo; serían inducidos a error a causa de mi mal ejemplo, y todo por un poco de vida que me queda. Esto me acarrearía vergüenza y oprobio en mi vejez. Pues, aunque pudiera escapar de las manos de los hombres, ni vivo ni muerto escaparía de las manos del Dios Omnipotente. Por tanto, moriré valientemente y me mostraré digno de mi ancianidad, dejando a los jóvenes un ejemplo noble para morir voluntaria y generosamente por nuestras venerables y santas leyes.*

Dicho esto, se dirigió prontamente al suplicio. Los que lo conducían cambiaron su benevolencia en odio, considerando necias las palabras que acababa de pronunciar. A punto de morir por los golpes que le daban, les decía entre gemidos:

- *El Señor, que todo lo sabe, es testigo de que, habiendo podido librarme de la muerte, estoy sufriendo en mi cuerpo los crueles tormentos de la flagelación; pero todo esto lo sufro con gusto por su santo temor.*

Eleazar murió, dejando, no sólo a los jóvenes, sino a todos sus compatriotas un ejemplo de nobleza, un monumento de valentía y un recuerdo de virtud”.

Palabra de Dios.

Eleazar es un personaje sumamente significativo para la labor docente y ofrece un ejemplo de gran calidad humana. Probablemente, educar sea la tarea más compleja de la humanidad porque implica tomar todo el bagaje cultural que logramos poseer hasta el momento presente de la vida y transmitirlo a las nuevas generaciones para su asimilación, crecimiento y posterior transmisión, no solo a través de la acción consciente de educar e instruir en las aulas, sino a través, y mayormente, de la calidad y calidez humana que presenta un educador.

Para educar con pertinencia, calidad y calidez el docente no solo se hace dueño de un contenido por transmitir, en el caso del anciano Eleazar, los mandamientos de la ley, en el caso del docente, los contenidos que enseñamos en cada clase. Sino que es necesario un testimonio de vida que sea capaz de mostrar la belleza de la humanidad entera presente en ese hombre que educa. Así como Eleazar no ha querido dejar un mal legado a los jóvenes que pudiera corromperlos, así también el docente de hoy debe dar testimonio de su profesión, conocimiento y enseñanza, a través de una actitud digna de aquel anciano, que en este caso se podría manifestar en la coherencia de vida mediante la madurez que mostramos en el ejercicio de nuestra labor docente y que les enseña a nuestros educandos la belleza de la vida presente en nosotros.

No basta con decir, como docentes, que amamos a los jóvenes, que por ellos vamos a clases o que ellos son los motores de nuestra acción. Deberíamos de ser capaces de demostrarlo a través del servicio que les hacemos a ellos. Ese mayor servicio no es la demostración de nuestra competencia en la posesión del conocimiento y la correcta didáctica escolar. Dicho servicio se realiza a través de

cómo nosotros mostramos nuestra madurez en la vida diaria. Esta situación es lo que ha hecho Eleazar, nuestro personaje en cuestión, un educador que se ha transformado en un *“mito”* u hombre extraordinario que se hace *“camino de vida”* para los demás, porque lleva las enseñanzas de la ley en su vida y en su muerte, dando sentido a la existencia completa. Alguien como el docente se convierte en *“puente transitable”* que ayuda a pasar de la carencia a la madurez humana, de la oscuridad a la luz o del miedo a la esperanza. Sin duda la consecuencia lógica del comportamiento de nuestro personaje bíblico ha sido el ejemplo de fidelidad muestre a las nuevas generaciones, en todo tiempo, el comportamiento del hombre justo, del buen judío o en términos cristianos actuales, del santo, iluminando el alma del discípulo.

Para asumir tal comportamiento digno de ser recordado en cientos de generaciones humanas posteriores y seguir siendo tan elocuente como al principio, el educador de hoy debe hacer una opción por la esperanza, opción que frecuentemente es *“ciega”* porque no sabe hasta dónde será capaz de llegar o si impactará como cada uno de nosotros lo desea. Lo cierto es que, siendo cada uno de nosotros un hombre o mujer maduros, servimos con presteza a las nuevas generaciones. Esa es la riqueza del ejemplo de Eleazar y que también puede ser la riqueza del testamento docente de cada uno de nosotros.

Actuar

Para convertirnos en educadores constructores de esperanza, como Eleazar, es necesario que el educador pueda realizar un verdadero y arduo camino interior hacia la propia madurez, cumpliendo con las respectivas tareas evolutivas tanto humanas como profesionales.

Para madurar en el plano humano sugerimos algunas actitudes básicas: poner atención en el propio crecimiento, desarrollo y autorrealización; integrar de manera armónica toda la personalidad; evaluar los signos claros de autonomía para la vida; monitorear la posesión de una adecuada percepción de la realidad; convertirse, a través de un plan de vida, en dueños y constructores del propio ambiente³.

Para madurar en el plano profesional como docentes inspiradores necesitamos tomar conciencia de la importancia de nuestra acción, acompañamiento y dedicación. Quizá volver al tema de la *“vocación docente”* reflejada en el ideario popular en tantas películas, libros y obras dedicadas a tan importante figura. Dicha vocación, como lo muestra el aspecto bíblico lleva también la necesidad de una misión, de un *“para qué”* en la existencia. La vocación docente alcanza su máximo logro en el momento en el que ayudamos a que nuestro discípulo alcance la plena autonomía. Lograr que el alumno no me necesite más, debería de ser el gozo más grande de aquel que se dedica a la enseñanza.

El signo de una vela o un cirio, como las que custodian nuestros altares, es sumamente elocuente, y así también puede ser el docente: para cumplir su misión de iluminar debe consumirse, desgastarse, entregarse de corazón a dicha profesión. En los tiempos contemporáneos marcados por la comodidad y el corto plazo, una

misión así parece fuera de lugar, pero nada más serio que esto. Sin una capacidad de ofrendar el propio ser, el docente corre el riesgo de convertirse en bufón o alebrije de la vida, y no aquel que ilumina y precede, tanto en la vida como en la muerte.

Conclusión

Finalmente, *El Pacto Educativo Global convocado por Papa Francisco intenta también regresar a los educadores el gusto y compromiso por la educación de las nuevas generaciones. Reavivar el don como educadores es ayudarles a redescubrir el amor por la humanidad que están formando. Reavivar el don como educadores es ayudarles a crear conciencia de la importancia de su papel, porque a través de su trabajo y entrega es como esta sociedad puede obtener personas maduras y críticas. Para lograr esta difícil misión, ante todo, el educador debe ser una persona madura, equilibrada y capaz de comprometerse en la causa de la humanidad renunciando a la tentación de querer plasmar su propia imagen en los demás, haciéndolos libres para elegir y caminar en la vida. Ser educador en tiempos de crisis educativa es sumamente difícil, pero, sin duda, interesante y retador* (cf. Albuquerque Frutos, 2011, 133)⁴.

Notas:

Para una visión más amplia de las luces y sombras en la educación, recomendamos: ALBUQUERQUE, E. (2011) *Emergencia y urgencia educativa. El pensamiento de Benedicto XVI sobre la educación*. Madrid: CCS. O en una visión más resumida: ÁVALOS NAVARRO, F. I. (2020). *La emergencia educativa*. Disponible en: [La emergencia educativa](#).

2 BENEDICTO XVI, *Carta a la Diócesis y a la ciudad Roma sobre la tarea urgente de la educación*, 21 de enero 2008. Discurso completo disponible en: [Carta a la Diócesis y a la ciudad de Roma sobre la tarea urgente de la educación \(21 de enero de 2008\) | Benedicto XVI](#)

3 JOHADA, M. (1958) *Current Concepts of positive Mental Health*. New York: Basic Books.

4 ÁVALOS NAVARRO, F. I. (2020). *La emergencia educativa*. Disponible en: [La emergencia educativa](#).